

Al concluirse la primera estrofa, Mr. Pickwick alzó las manos para reclamar la atención de los circunstantes, y dijo cuando la tranquilidad fué restablecida:

—Chitón, me parece que siento llamar arriba.

Un profundo silencio siguió á estas palabras. mister Bob Sawyer se puso pálido.

—Creo que oigo el mismo ruido. Tened la bondad de abrir la puerta.

Apenas se abrió la puerta, se dispararon las dudas.

—¡Mr. Sawyer! ¡Mr. Sawyer! — gritaba una voz en el segundo piso.

—Es mi patrona, — dijo Bob mirando á sus convidados con angustia. — Sí, mistress Raddle.

—¿Qué significa esto, Mr. Sawyer? — continuó la misma voz con acritud; — no os contentáis con no pagarme el pupilaje y dejar que me insulten vuestros amigos, sino que también armáis una barahunda en mi casa á las dos de la mañana, con tanto ruido que parece que se va á caer la casa. ¡Despedid á esa gente!

—Debírais morir de vergüenza, — añadió la voz de Mr. Raddle, que parecía salir de entre las sábanas.

—Morir de vergüenza, eso es, — dijo su amable mitad. — ¿Pero tú, ave fría, por qué no vas á echarlos rodando por la escalera? No parece que eres hombre.

—Lo haría si yo fuese una docena de hombres, querida, — respondió pacíficamente el marido. — Ellos tienen la ventaja del número.

—¡Oh! ¡poltrón! — contestó mistress Raddle con supremo desprecio. — Mr. Sawyer, ¿queréis despedir á esa gente, si ó no?

—Ya se van, mistress Raddle, ya se van, — dijo el desventurado Bob. —Creo que haréis bien en marcharos, —dijo á sus amigos. — Indudablemente hacíamos mucho ruido.

—Es una desgracia; en el momento en que más nos divertíamos...

—¡Qué demonios! cantemos otra estrofa, — dijo Hopkins.

—No, no, Jack, no cantes, — dijo el triste anfitrión.

—Es una magnífica canción; pero creo que sería mejor dejarla aquí. Esa mujer es muy violenta, excesivamente violenta.

—¿Queréis que suba arriba y que la emprenda con el patrón? — dijo Hopkins; — ¿queréis que toque la campanilla, ó que vaya á ladrar á la escalera? Dispone de mí, Bob.

—Os agradezco mucho vuestra buena voluntad, — respondió el desdichado Bob; — pero creo que lo mejor, para evitar toda disputa, es separarnos.

—Vamos, Mr. Sawyer, — gritó de nuevo mistress

Raddle, — ¿se van esos bandoleros?

—Están buscando sus sombreros, se van en seguida, —dijo Bob.

—¡Gracias á Dios! — dijo la patrona, mostrando su gorro de dormir en la meseta de la escalera, precisamente en el momento en que Mr. Pickwick, seguido de Mr. Tupman, salía de la habitación. — ¡Gracias á Dios! ¡más valía que no hubieran venido acá!

Señora mía, — dijo Mr. Pickwick alzando la cabeza.

—Marchaos, viejo papamoscas, — contestó la Raad-le, quitándose precipitadamente el gorro de dormir. — ¡Miren el viejo libertino! Vos sois el peor de todos.

Mr. Pickwick comprendió que era inútil protestar de su inocencia. Bajó repentinamente la escalera, y le siguieron sus tres compañeros. Mr. Ben Allen los acompañó hasta el puente de Londres, y por el camino confió á Mr. Winkle, como á persona digna de toda confianza, que estaba decidido á cortarle la cabeza á todo pretendiente al afecto de su hermana, que no fuera mister Bob Sawyer.

Habiendo expresado su determinación de ejecutar con la firmeza conveniente aquel penoso deber paternal, se encasquetó el sombrero hasta los ojos, avivó el paso, y se detuvo ante la puerta del mercado del Borough. Allí estuvo tocando hasta el día, en la firme persuasión de que se hallaba en la puerta de su casa.

Habiendo partido todos los convidados, gracias á las exigencias de mistress Raddle, el infortunado Bob se encontró libre para meditar sobre los acontecimientos probables del siguiente día, y sobre los placeres de aquella noche.

CAPITULO XXXIII

Mr. Weller, el mayor, emite algunas opiniones sobre las composiciones literarias; después con el auxilio de su hijo Sam, paga una parte de la deuda que tenía con el hombre de la nariz roja.

El 13 de febrero, como saben nuestros lectores, era la víspera del día designado para el juicio del proceso

entablado por mistress Bardell. Fué un día fatigoso para Samuel Weller, que estuvo ocupado sin interrupción desde las nueve de la mañana hasta las dos de la tarde en viajar desde la casa de Mr. Pickwick hasta la de mister Perker, y viceversa; no porque hubiera nada que hacer, sino porque Mr. Pickwick, encontrándose en un estado de excitación excesiva, persistía en enviar constantemente á su procurador pequeñas notas que decían: «Caro Perker, ¿todo marcha bien?» A lo cual mister Perker contesta invariablemente: «Caro Pickwick, lo mejor posible». El hecho es, como ya hemos dicho, que el resultado no podía saberse antes del siguiente día.

Pero se debe perdonar á las personas que van voluntariamente al tribunal, ó que son llevadas por primera vez, la irritación temporal y la ansiedad de que son afectadas. Sam comprendía esto, y sabía prestarse filosóficamente á las debilidades de la naturaleza humana; así es que ejecutó todas las órdenes de su amo, con un buen humor imperturbable.

Se había fortalecido con una comida muy agradable, y esperaba en la taberna el gaudeamus que Mr. Pickwick le había ofrecido, cuando un joven, cuya gorra peluda y chaqueta de franela anunciaban que tenía la laudable ambición de llegar á ser palafrenero, entró en *El Buitre* y miró á la escalera, después al corredor, después á la taberna, como para buscar á alguno para quien traía recado.

La joven del mostrador, creyendo probable que la tal comisión tuviera por objeto la vajilla del establecimiento, dijo encarándose con aquel personaje:

—Joven, ¿qué queréis?

—¿Hay aquí alguno que se llame Sam? — respondió el pilluelo con voz de falsete:

—¿Y el apellido? — preguntó Sam volviéndose.

—No lo sé — respondió vivamente el de la gorra peluda.

—¿Quién os ha mandado aquí?

—Un viejo.

—¿Qué viejo? — preguntó Sam con tono desdeñoso.

—El que lleva el coche á Ipswick y para en nuestra posada. Me dijo que viniera aquí y preguntara por Sam.

—Es un preguntón ocioso — dijo Sam volviéndose con ademán explicativo á la joven del mostrador. —

Y bien, joven, ¿qué queréis de mí?

—Dice que vayáis á las seis al *Oso Azul*, que quiere veros. ¿Diré que vais?

—Sí, señor — respondió Sam con gran cortesía. — Podéis decirlo.

Con estos plenos poderes, el joven de la gorra peluda se alejó.

Sam obtuvo fácilmente el permiso de Mr. Pickwick, porque en el estado de excitación y melancolía en que se encontraba el filósofo, no le importaba estar solo. Sam se puso en camino mucho antes de la hora indicada y se dirigió al ayuntamiento. Allí se detuvo, contemplando con calma filosófica los innumerables coches de todas clases que había por los alrededores, con gran terror de las viejas del reino unido de Gran Bretaña ó Irlanda. Después se dirigió al mercado de Leaden, al través de una multitud de patios y callejuelas. Como lo que quería era hacer tiempo, se detenía delante de todos los objetos que le llamaban la atención, y pasó al fin ante una tienda de papel. Pero apenas fijó los ojos en ciertas estampas expuestas en la vidriera, se estremeció y dijo con gran vehemencia:

—¡Me he olvidado de enviarle uno! Me olvidaba de que es mañana San Valentín.

El dibujo en que se habían fijado los ojos de Sam, mientras hablaba así, representaba dos corazones humanos, de color subido, atravesados por una flecha y expuestos á la acción de un fuego ardiente. Un par de caníbales, macho y hembra, en traje europeo (el caballero vestido con levita azul y pantalón blanco, la dama con manto rojo y quitasol del mismo color), se acercaban á aquel asado con expresión famélica; un chicuelo muy inmodesto, porque no tenía más vestido que un par de alas, vigilaba el condimento. En resumen, era aquello una de las cartas de amor que se llaman un Valentín. En la tienda había un gran repuesto, como lo anunciaba una inscripción manuscrita pegada en los vidrios, y su precio era un shelling.

—¡Pues no me había acordado de mandarles uno! — repitió Sam.

Diciendo esto, entró en la tienda y pidió una hoja del más bello papel con canto dorado, y una pluma dura; recibió estos objetos y se puso en camino á buen paso. Cuando se halló en el mercado de Leaden, miró en torno suyo y vió una muestra sobre la cual el pintor había dibujado una cosa parecida á un elefante azul, con nariz aguileña en lugar de trompa. Conjeturando juiciosamente que aquella era la posada de *El Oso azul*, Sam entró en la casa y preguntó por el autor de sus días.

—No llegará antes de tres cuartos de hora — respondió la joven que dirigía los arreglos domésticos de *El Oso azul*.

—Muy bien — respondió Sam; — dadme nueve peniques de aguardiente con agua y un tintero.

El aguardiente, el agua y el tintero fueron entregados á Sam. Este se sentó junto al fuego, sacó de su

bolsillo el pliego de papel de canto dorado y la pluma dura; examinó cuidadosamente la hendidura de ésta, para ver si tenía algún pelo, limpió la mesa por temor de que hubiera en ella alguna miga de pan, levantó las mangas de su levita, y apoyando los codos en la mesa se preparó á escribir.

Escribir una carta no es la cosa más fácil del mundo para las personas que no se consagran á la ciencia de la caligrafía; en este caso, el que escribe cree necesario inclinar la cabeza sobre el lado izquierdo para colocar sus ojos al nivel del papel, y contemplando de lado las letras que construye, hace con los labios caracteres imaginarios, que quiere trasladar al papel. Este procedimiento retardaba un poco la operación; así es que hacía hora y media que Sam trazaba sus letras, borrando con el dedo las que creía mal hechas, para hacer encima otras, cuando fué interrumpido por la llegada de mister Weller.

—Hola, Sammy — dijo el padre.

—Hola — dijo el hijo, poniendo la pluma sobre la mesa. — ¿Qué dice el último despacho de la salud de mi madrastra?

—Mistress ha pasado una buena noche; pero tiene hoy un humor de perros; este es el último despacho, Sammy.

—¿Conque cada vez peor?

—Todos los síntomas son graves. ¿Pero qué haces ahí, Sammy? instrucción primaria, ¿eh?

—Estaba escribiendo.

—¿No será á ninguna joven?

—Es una carta de San Valentín.

—¿Un qué? — exclamó el padre, á quien el sonido de aquellas palabras parecía llenar de horror.

—Un San Valentín.

—¡Samuelillo! ¡Samuelillo! — dijo el padre en tono de reconvencción; — nunca hubiera creído tal cosa en ti, después del ejemplo que tienes de las inclinaciones viciosas de tu padre, después de todo lo que te he dicho sobre el asunto, después de haber vivido con tu madrastra, lo cual es una lección moral que ningún hombre debe olvidar hasta el fin de sus días. Nunca te creí capaz de eso, Sam.

Estas reflexiones eran muy tristes para el desgraciado padre; llevó á sus labios el vaso de Sam y se bebió todo el contenido.

—¡Barbaridades! yo no pienso en casarme; no os incomodéis por eso; arreglad vuestra pipa y dejadme leer mi carta.

No podemos decir si la pesadumbre de Mr. Weller se disipó por la perspectiva de su pipa ó porque pensó

que había en su familia una inclinación fatal é invencible al matrimonio. Se quitó su hopalanda, encendió la pipa, y se colocó con la espalda hacia el fuego para recibir todo el calor y apoyarse al mismo tiempo en la chimenea; después volvió hacia Sam su semblante, notablemente animado por la benigna influencia del tabaco, y le dijo que leyera.

Sam cogió la pluma del tintero para estar pronto á hacer correcciones, y comenzó con aire teatral:

—«Amable...»

—Alto — dijo Mr. Weller, tocando la campanilla;— dos vasos de lo invariable.

—Muy bien — respondió la joven.

Y con una singular presteza desapareció, volvió y se fué otra vez.

—Parece que ya os conocen aquí — dijo Sam.

—Sí — respondió el padre; — no he estado más que una vez en mi vida. Sigue.

—«Amable criatura...»

—¿Pero es verso?

—No, no.

—Tanto mejor; el verso no es natural; no hay ningún hombre que hable en verso; no hables nunca en verso, hijo. Sigue.

Esto dicho, Mr. Weller tomó su pipa con una gravedad de Aristarco, y Sam leyó lo que sigue:

—«Amable criatura: siento que mi corazón cosquillea...»

—Eso no es conveniente — interrumpió Mr. Weller, quitándose la pipa de la boca.

—No, no dice cosquillea — dijo Sam, poniendo la carta al trasluz; — hay aquí una mancha; dice: «se marea».

—Muy bien; sigue.

—«Se marea y re...» He olvidado la palabra que está aquí — dijo Sam, rascándose la oreja con la pluma.

—Pues mírala.

—Eso estoy haciendo, pero hay otra mancha; hay un *r*, y una *e*, y una *t*, y una *o*.

—¿Retoza?

—Sí.

—Adelante.

—«Mi corazón se marea y retoza cuando me ha cuerdo de vos porqué sois un lindo Pedazo de Chi ca, y yo quisiera qe alguno Biniera a de Cir locon Trario.»

—¡Bello pensamiento! — dijo Mr. Weller.

—Sí, creo que no es malo — respondió Sam con orgullo.

—Lo que me gusta en tu estilo es que no das muchos nombres á las cosas; no pones nada de Venus ni otras

cosas de ese género. ¿De qué sirve llamar á una joven Venus ó ángel?

—¡Ah! sí, de nada sirve.

Sam continuó.

—«Hantes de Beros yo greía que todas las mu Geres eran igua Les...»

—Y lo son — dijo Mr. Weller entre paréntesis.

—«Pero aora e conosido qe vruto e si Do; porqe no ahí en Todo el mundo una presona con Bos, y os amo mucho». — Yo creo que esto debe ir más fuerte — dijo Sam levantando la cabeza.

Mr. Weller hizo un signo de aprobación, y Sam continuó:

—«Os dirré qe la 1.^a y la Húnica bes que ose Bisto qedastheis imiprimida en mi corazón con dolor más Bibo qe el qe hase la máquina de perfil, que fabrica el rretrato y le pone mar ko en 2 minutos.»

—Me parece que eso está demasiado poético — dijo Mr. Weller con tono dubitativo.

—No lo creo — respondió Sam, siguiendo en su lectura para evitar toda diserción.

—«Haseptadme María como Buestro a Mante y pen Sad en lo que os digo.» — No hay más.

—Eso se concluye muy pronto, Sammy.

—No, ella desearía que fuera más larga. He aquí el gran arte de escribir cartas.

—Bien; ¿y no hay nada debajo? ¿no firmas?

—Esa es la dificultad; no sé lo que voy á firmar.

—Firma *Weller* — dijo el viejo propietario de este nombre.

—No se debe firmar una carta de San Valentín con el propio nombre.

—Firma *Pickwick*; es buen nombre y fácil de comprender.

—Me gusta la idea; si pudiera concluir con un verso...

—No me gusta eso; jamás he conocido un respetable cochero que entendiara de poesía, excepto uno que ha hecho unos versos muy tiernos, el día antes de ser ahorcado por un robo en despoblado.

Sam no pudo renunciar á la idea poética que le había ocurrido, y siguió su carta de este modo:

Cuando amor me pique
Pickwique.»

Después de cerrar su epístola de una manera muy complicada, puso oblicuamente el sobre.

Miss María Dn sella en casa de Mr. Snupkins Ar Carde de Ipswick.

Después de puesto el sobre, guardó la carta en el bolsillo, pronta ya para echarla en el correo.

Concluído este importante asunto, Mr. Weller, el mayo, empezó á exponer el que había sido motivo de la cita de su hijo.

—¿De qué se trata?

—De un punto político. ¿Te acuerdas de aquel *Stiggins*?

—¿El de la nariz roja?

—El mismo; este hombre de la nariz roja, *Sammy*, visita á tu madrastra con una constancia y una bondad como yo no he visto nunca; ama tanto á nuestra familia, que no puede estar á gusto cuando se va, sino llevándose alguna cosa para recuerdo.

—Y si yo fuera vos — dijo Sam, — le daría una cosa tal, que no se olvidaría de vos en diez años.

—Has de saber que ahora trae siempre una botella que tiene poco más ó menos pinta y media, y la llena todos los días con nuestro rom.

—¿Y la vacía siempre antes de volver?

—No le deja más que el tapón y el olor. Pues ahora sabrás que esos tunos celebrarán esta noche la asamblea mensual de la rama de *Brick-Lane*, de la gran unión *Ebenezer*, ó sea asociación de la *Templanza*. Tu madrastra pensaba ir también; pero se ha constipado y no puede; yo he atrapado los dos billetes que le habían enviado.

Mr. Weller comunicó aquel secreto con un inmenso placer, y en seguida se puso á guiñar el ojo tan rápidamente, que Sam creyó que tenía un ataque de nervios en el párpado derecho.

—¿Y qué hacemos?

—¿Qué hacemos? Iremos á la hora fija.

Aquí Mr. Weller fué afectado de un histérico de risa que le produjo una gran sofocación; entretanto, Sam frotaba la espalda de su padre con bastante viveza para inflamarle con la fricción, si hubiera estado algo más seco.

—¿Acabaréis de reir? — le dijo Sam.

—*Sammy* — dijo Mr. Weller, mirando en derredor con desconfianza y hablando en voz baja; — dos de mis amigos, que trabajan en el camino de *Oxford*, traen á remolque al substituto del pastor, y cuando venga á la gran unión *Ebenezer*, estará tan lleno de rom como en *El marqués de Gramby*.

Nada podía estar más de acuerdo con las ideas de Sam que el proyecto de descubrir las inclinaciones y las verdaderas cualidades del hombre de la nariz roja. A la hora designada para la próxima reunión, se dirigieron el padre y el hijo á *Brick-Lane*, y durante el

camino echó Sam su carta en el correo.

La asamblea mensual de la asociación *La Templanza*, de *Brick-Lane*, rama de la gran unión *Ebenezer*, se celebraba en un vasto recinto, situado de una manera agradable y aérea, en lo último de una escalera cómoda y segura. El presidente era Mr. Antonio Humm, bombero convertido, después maestro de escuela, y en aquella ocasión predicador-viajero; el secretario era mister Jonás Mudge, vaso de entusiasmo y de interés, que vendía te á los miembros de la asociación. Antes de empezar la sesión, las damas estaban sentadas sobre taburetes y bebían te; una ancha alcancía estaba colocada sobre el tapete verde de la mesa, detrás de la cual estaba el secretario, reconociendo con una graciosa sonrisa cada adición al rico venero de cobre que encerraba el cofre.

En la presente ocasión, las damas empezaron por beber una cantidad de te casi alarmante, con gran horror de Mr. Weller, que despreciando los signos de Sam, dirigía en derredor suyo miradas donde podía leerse el asombro y el despecho.

—Sammy, á estas damas les han de hacer alguna operación de hidropesía. ¿Ves aquella vieja? Se está ahogando en te.

—¿No podéis estaros callado y quieto? — dijo Sam.

—Sammy — continuó Mr. Weller al cabo de un minuto y con acento de agitación profunda; — atiende á lo que te digo; si ese secretario continúa cinco minutos, va á reventar á fuerza de comer tostadas y beber te.

—Pues bien, dejadle; esto no nos importa.

—Si esto dura — continuó Mr. Weller en voz baja, — creo que mi deber, como hombre y como cristiano, es levantarme y dirigir algunas palabras al presidente. Hay allí una joven que ha bebido nueve tazas de te; mira cómo se va inflando.

Indudablemente hubiera Mr. Weller hecho lo que decía, si un gran ruido ocasionado por el choque de las tazas no hubiera anunciado que el te había terminado. La sesión fué comenzada por un hombrecillo calvo, con pantalón de terciopelo, el cual subió al tablado con peligro de romperse sus flacas piernas.

—Señoras y caballeros — dijo el calvo; — yo llevo al sillón á nuestro excelente hermano Mr. Antonio Humm.

Al oír esta proposición, las damas agitron una elegante colección de pañuelos; y el impetuoso hombrecillo llevó literalmente al sillón á Mr. Humm, cogiéndole por los hombros y empujándole hacia un utensilio de caoba, que en otra ocasión había representado aquel mueble.

La agitación de los pañuelos se renovó, y Mr. Humm, que tenía un semblante resplandeciente en estado de transpiración perpetua, saludó con gracia á la asamblea, con gran admiración de las hembras, y tomó gravemente posesión de su asiento. Reclamó el hombrecillo el silencio, y entonces se levantó Mr. Humm y dijo que, con permiso de los hermanos y hermanas de la rama de *Brick-Lane* allí presentes, el secretario leería el acta del comité de la rama de *Brick-Lane*, proposición que fué acogida con una nueva oscilación de pañuelos.

El secretario estornudó de una manera muy expresiva; la tos que se apodera siempre de una asamblea cuando va á empezar la sesión, tuvo su curso regular, y se oyó la lectura del siguiente documento:

Informe del comité de la rama de Brick-Lane, de la gran unión Ebenezer, de la asociación de La templanza.

Vuestro comité ha proseguido en sus agradables trabajos durante el mes pasado, y tiene el indecible placer de participaros los siguientes casos de las personas nuevamente convertidas á la Templanza.

H. Walker, sastre, la mujer y sus dos hijos. El confesa que cuando estaba en fondos tenía la costumbre de beber cerveza. Dice que no está seguro de haber bebido durante veinte años dos veces por semana esa bebida, que según vuestro comité está compuesta de aguardiente, ginebra y especias. (Aquí una mujer de edad exhaló un suspiro y dijo: «es verdad»). Ahora se encuentra sin trabajo y sin dinero; él cree que esto es causado por la ginebra (aplausos) ó por la pérdida del uso de la mano derecha. El cree muy probable que si nunca hubiera bebido aguardiente, su camarada no le hubiera picado con una aguja oxidada, que es la causa de aquel accidente (inmensos aplausos). No tiene que beber más que agua blanca, y no siente nunca sed (grandes aplausos).

Betzy Martín, viuda, no tiene más que un hijo y un ojo; va de día á las casas á servir como criada y lavandera. Nunca ha tenido más que un ojo; pero sabe que su madre bebía mucho, y atribuye la falta de su ojo á esta causa (terribles aplausos). Parece muy posible que tuviera ahora dos ojos, si se hubiese abstenido de beber bebidas espirituosas (aplausos formidables). Estaba acostumbrada á recibir por día un shelling, una pinta de cerveza y un vaso de aguardiente; pero después que es miembro de la asociación la Templanza, pide en lugar de aquello tres shellines. (Estrepitosas muestras de entusiasmo).

Enrique Beller ha sido durante muchos años fondista, para dar comidas de corporación. En aquel tiempo

bebía una gran cantidad de vinos extranjeros. Tal vez se llevó á su casa todos los días una botella ó dos. No está seguro de esto, pero sí sabe que, si las llevó, se las bebió todas. Ahora se encuentra muy agitado y muy melancólico. No puede dormir y siente mucha sed. Cree que lo que acostumbraba beber era vino (aplausos). Ahora está sin empleo, y no ve ni siquiera una gota de vinos extranjeros (aplausos espantosos).

Tomás Buntén, comerciante (el nombre de este individuo es oído con singular interés) Tiene una pierna de palo, y cree que una pierna de palo cuesta cara cuando se anda con ella por las calles. Tenía costumbre de comprar de lance piernas de palo, y bebía regularmente todos los días un gran vaso de ginebra; algunas veces (profundos aplausos). Notó que las piernas compradas de lance se rompían y podrían prontamente; hoy está íntimamente convencido de que su constitución está minada por la ginebra (aplausos prolongados). Compra ahora piernas de palo nuevas y no bebe sino agua y te suave. Las piernas de palo le duran hoy más que las de antes y atribuye esto únicamente á sus hábitos de templanza (aplausos de triunfo).

Después de esta lectura, Antonio Humm propuso á la asamblea regocijarse con una canción. La invitó á cantar la letra de *El alegre marinero*, adaptada á la música del centésimo salmo del hermano Mordlin, para favorecer los goces morales é intelectuales de la sociedad (grandes aplausos). Mr. Antonio Humm, aprovechó aquella oportunidad de expresar su firme persuasión de que el difunto Mr. Dibdin, reconociendo los errores de su juventud, había escrito aquella canción para demostrar las ventajas de la abstinencia.

—Es una canción de templanza, — dijo (grandes aplausos). — La limpieza del traje de remero, su habilidad náutica, la envidiable disposición de su espíritu, que le permitía, como dice el poeta, *remar todo el día sin pensar en nada*, todo se reúne para probar que debía ser bebedor de agua (aplausos entusiastas). ¿Y cuál fué la recompensa del joven? ¡Que los jóvenes aquí presentes atiendan á esto! Los jóvenes se apresuraron á entrar en su barco (grandes aplausos). ¡Qué brillante ejemplo! ¿Pero eran sólo los jóvenes de baja calidad los que le sostenían y le fortalecían en sus hábitos de templanza? ¡No! (inmensos aplausos). El sexo dulce se levantaba como un solo hombre... perdón, como una sola mujer alrededor del joven remero, y se apartaba con disgusto de los bebedores de licores espirituosos. Los hermanos de *Brick-Lane* son remeros de agua dulce. Esta habitación es un barquichuelo, este auditorio representa á los jóvenes, y este orador, aunque indigno, repre-

senta su querido remero (aplausos interminables).

—Sammy, ¿qué quiere decir sexo dulce? — preguntó Mr. Weller en voz baja.

—La mujer — respondió Sam en el mismo tono.

—Muy dulce tiene que ser para dejarse remar por ese papamoscas.

A poco de empezarse la canción, el hombrecillo calvo desapareció, y volvió cuando el canto había terminado, y habló bajo á Mr. Antonio Humm con ademán de importancia.

—Amigos — dijo Mr. Humm, — un delegado de la rama de Dorking, de nuestra sociedad, el hermano Stiggins, está abajo.

Los pañuelos se agitaron de nuevo, porque Mr. Stiggins era muy popular entre las damas de *Brick-Lane*.

—Puede entrar — dijo Humm, mirando en torno suyo con una sonrisa. — Hermano Tadger, que venga á nuestro lado y ejecute su misión.

—Aquí viene, Sammy — dijo Mr. Weller al oído de su hijo.

—No le digáis nada, no podría contenerme; está en la puerta; siento que se da un cabezazo contra el tabique.

Mientras Sam hablaba, se abrió la puerta y el hermano Tadger apareció inmediatamente seguido por el reverendo Stiggins; la entrada de éste fué acogida con aplausos y agitaciones de pañuelos; pero á todas estas manifestaciones no respondió el hermano Stiggins ni una palabra, contentándose con mirar con una sonrisa estúpida la luz que ardía sobre la mesa. Al andar, balanceaba el cuerpo de una manera irregular y alarmante.

—¿No os sentís bien, hermano Stiggins? — le dijo Mr. Antonio Humm.

—Estoy muy bien, caballero — contestó Mr. Stiggins, con una voz tan fuerte como le permitía la torpeza de su lengua; — estoy perfectamente, caballero.

—Tanto mejor — contestó Mr. Humm, retrocediendo algunos pasos.

—Espero que no habrá aquí nadie que se atreva á decir que no estoy bien.

—¡Oh! ciertamente no.

—¡Les reto á que lo digan, caballero! ¡les reto á que lo digan!

Durante este coloquio, la reunión estaba perfectamente silenciosa, esperando con una sonrisa de ansiedad el momento de pasar á ocuparse de sus trabajos ordinarios.

—Hermano — dijo Mr. Humm con una sonrisa ofensiva, — ¿queréis predicar á la asamblea?

—No — replicó Mr. Stiggins.

La asamblea alzó los ojos al cielo y un murmullo general de admiración resonó en la sala.

—Caballero — dijo Mr. Stiggins, desabrochándose el vestido y en voz muy alta; — se me figura que esta asamblea está vergonzosamente embriagada. Hermano Tadger — continuó con creciente ferocidad, — me parece que estáis borracho.

Al decir esto, Mr. Stiggins, con el loable propósito de estimular la sobriedad de la asamblea y de excluir toda persona indigna, descargó sobre las narices de mister Tadger un puñetazo tan bien apliado, que el pequeño secretario desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Había sido precipitado por la escalera abajo.

Al ver este movimiento declamatorio, las mujeres lanzaron gritos desgarradores, y precipitándose sobre sus hermanos, los rodearon con los brazos para preservarles del peligro. Esta prueba de afecto fué fatal para el hermano Humm, porque estuvo á punto de ser ahogado por las hermanas, que se le colgaron al cuello, prodigándole toda clase de caricias; casi todas las luces fueron apagadas, y no se oyó más que una algarabía espantosa.

—Ahora, Sammy, me toca á mí — dijo Mr. Weller, quitándose el gabán con ademán resuelto.

—Qué vais á hacer?

—No te inquietes; voy á arreglar mis cuentas con ese Stiggins.

Habiendo dicho esto, y antes que Sam pudiera retenerle, el heroico viejo penetró en un rincón de la estancia donde se encontraba el reverendo Stiggins, y le atacó con admirable destreza.

—Vámonos — le dijo Sam.

—¡Acércate! — dijo Mr. Weller, y sin más advertencia, administró al reverendo Stiggins un mocicón en la cabeza; después se puso á bailar en torno suyo con una destreza increíble á su edad.

Viendo que sus observaciones eran inútiles, Sam tomó el gabán de su padre, y asiendo por el cuello al robusto cochero, lo arrastró fuera de allí, bajó con él la escalera, y no le soltó hasta ponerle en la calle. Cuando llegaron abajo, oyeron el tumulto ocasionado por la dispersión de los hermanos de la rama *Brick-Lane* de la asociación de la Templanza, y vieron, por último, pasar á Mr. Stiggins, á quien entre los gritos del populacho llevaban á pasar la noche á la sombra.

CAPITULO XXXIV

Enteramente consagrado á una reseña completa y fiel del famoso proceso Bardell contra Pickwick.

—Yo quisiera saber lo que el jefe del jurado ha comido hoy en el almuerzo, — dijo Mr. Snodgrass, en la memorable mañana del 14 de febrero.

—¡Ah! — respondió Mr. Perker; — creo que habrá hecho un buen almuerzo.

—Por qué? — preguntó Mr. Pickwick.

—Es importante, sumamente importante, amigo mío. Un buen jurado que haya almorzado bien, es cosa capital para nosotros. Los jurados hambrientos ó tristes son buenos para el demandante.

—Pero, ¿en qué consiste? — preguntó Mr. Pickwick estupefacto.

—No lo sé — respondió el procurador. — Cuando el jurado se retira á la cámara de las deliberaciones, si la hora de la comida se acerca, el presidente saca el reloj y dice: — ¡Gran Dios! ¡las cinco y media, y como á las cinco! — Yo también, dicen los otros, excepto que debían haber comido á las tres, y que por consiguiente, tienen más prisa. El presidente sonríe y guarda el reloj. — Pues bien, señores: ¿qué hacemos? ¿El demandante ó el demandado?... Yo creo... se me figura que el demandante tiene razón... Entonces, dos ó tres del jurado dicen lo mismo, como es natural, y entonces sentencian todos unánimemente, como es natural. — Las nueve y diez; ya es hora de partir. La sala del tribunal está siempre llena cuando se trata de una violación de promesa de matrimonio. Pedid un coche, si no queréis que lleguemos tarde.

Mr. Pickwick tiró de la campanilla; trajeron un coche, y los cuatro pickwickianos se dirigieron en él, acompañados de Mr. Perker, á Gildall Sam Weller, Mr. Lowten y el saco azul que contenía los autos, seguían en un cabriolet.

—Lowten — dijo Perker cuando llegaron á la sala; llevad á Mr. Pickwick á la tribuna.

—Por aquí, caballero, por aquí.

El procurador llevó á Mr. Pickwick á un sitio poco elevado, situado debajo de la oficina del consejo del rey. Desde allí los procuradores pueden cuchichear cómodamente al oído de los abogados, indicándoles los datos que la marcha del proceso hace necesarios. Son invisibles á la mayor parte de los espectadores, porque están sen-